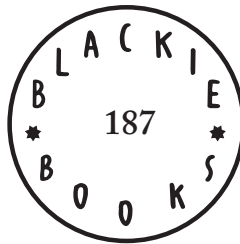


ROCÍO QUILLAHUAMAN

Marrón



Diseño de colección y cubierta: Setanta
www.setanta.es

© del texto y las ilustraciones: Rocío Quillahuaman, 2022
© de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès
Impresión: Egedsa
Impreso en España

Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-19172-55-6
Depósito legal: B 13111-2022

Todos los derechos están reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso
de los titulares del copyright.

*A mi madre Oralia, a mis hermanas
Hayde y Cristina, y a Néstor.*

Prólogo

Tres años en el infierno por una buena causa



Nací en Lima pero no me considero limeña. Vivo en Barcelona pero no me siento *barcelonina*. Hago ilustraciones y animaciones para ganarme la vida pero no soy ni ilustradora ni animadora. He escrito este libro pero no puedo estar más lejos de lo que sea que signifique ser escritora. No sé qué buscan las escritoras cuando deciden escribir un libro. En mi caso, hace tres años me propusieron escribir este libro y dije que sí solo porque estaba buscando una única cosa.

Podría estar hablando del adelanto, pero me refiero a algo más importante que el dinero. Cuando me planteé si era buena idea escribir un libro sobre mi vida, todo apuntaba a que no lo era. ¿Quién va a querer leer que de niña vivía en un cerro y me aburría tanto que una vez me comí las legañas de mi perro? A nadie le va a interesar ninguna de mis insignificantes vivencias, pensaba. A nadie. Entonces me di cuenta. Cuando pensaba en «nadie», no estaba pensando en cualquiera... ¡Estaba pensando en la gente blanca!

¡Pues ya está! Una vez más estaba poniendo en duda la validez de mis experiencias en comparación con sus vidas. Una podría pensar que las experiencias de la gente racializada van a interesar a la gente blanca porque son vivencias diferentes a las suyas. Que van a sentir curiosidad. Que están cansados de

escuchar, ver y leer una y otra vez historias en las que ellos son los protagonistas. Pero he observado, en el tiempo que llevo viviendo, que no se cansan nunca. Y las historias de gente como yo, chicas jóvenes marrones, quedan siempre apartadas, encailladas como diferentes y marginadas como nosotras mismas.

Toda mi vida he consumido películas, series y libros en los que los protagonistas eran blancos. Desde pequeña he aceptado sus vidas como universales y la mía como diferente. Sus experiencias, sus aprendizajes, sus vivencias... No fue hasta que fui mayor cuando pude encontrar voces con las que me sentía más representada. Algunas personas creen que la identificación y la representación son una estupidez, que buscarse a una misma en obras culturales es ridículo. Yo solo sé que cuando eres una persona racializada la cosa es bien distinta. Pienso en cuando era niña, en lo bien que me habría venido leer la historia de alguien que sintiera las mismas dudas y confusiones que yo sentí cuando llegué a Barcelona con once años. Me habría encantado ver un libro que plasmara esa historia, mi historia, en la sección de novedades de la biblioteca.

Para mí, la representación es importante. ¡Cómo no va a serlo cuando te intentan borrar de todas partes! Enciendes la tele, ves una exitosa serie que trata diferentes tramas de adolescentes en un instituto público, y ninguno de los protagonistas es latino. ¿Cómo puede ser eso posible? Si has estudiado en un instituto público en Barcelona, sabes que estamos por todas partes. ¡Pero nunca nos retratarán como protagonistas! Seremos una sombra fuera de foco, al fondo, que alguna vez dirá un monosílabo. Los protagonistas serán ellos, y sus problemas serán los problemas importantes. Nosotras no existimos.

Ser consciente de todo esto fue lo que me llevó a escribir este libro. Estaba resignada a quedarme como estaba: destinada a sentirme diferente y especial. Pero la verdad es que mi vida no tiene nada de especial, no es extraordinaria: como muchas

otras chicas, llegué a este país de pequeña con mi familia en busca de una vida mejor a la que teníamos allá donde nacimos. Hay muchísima más gente que no conozco que ha tenido una vida muy parecida a la mía y, aunque somos muchas, nuestra historia apenas está representada. Por eso, esta ausencia se convirtió en mi búsqueda.

Todo iba bien hasta que me di cuenta de que para escribir el libro tenía que mirar atrás y hurgar en las llagas de mi pasado. Oops, era demasiado tarde, ya había cobrado el adelanto. Y fue ahí donde empezó mi odisea. Si he tardado tres años en escribir este libro es porque esta búsqueda ha sido una pesadilla.

En serio, ha sido un absoluto infierno. Lo que empezó siendo una decisión política en busca de la representación se convirtió en una tortura para mí. He tenido que indagar en un pasado que había enterrado no solo en otro continente, sino también en mi memoria. He tenido que enfrentarme a recuerdos que no quería recordar. He vuelto a vivir momentos que ojalá no hubiera revivido. Y no solo mientras escribía me enfrentaba a esta tortura, también lo hacía mientras paseaba a mi perro, trabajaba o tomaba el sol en la playa. Cada momento feliz de mi vida, desde que empecé a escribir, se ha visto ensombrecido un poco por este libro. Escribirlo ha supuesto para mí un viaje a un lugar al que en realidad no quería volver nunca más. Un sitio oscuro, aterrador, triste.

Vale, tal vez esté exagerando un poco. Sería una necia si no reconociese que este sufrimiento trajo consigo aspectos positivos con los que no esperaba encontrarme. Gracias a encararme con mi pasado al escribir, ahora puedo recordar sin miedo mi infancia en Lima. Una infancia que me había negado a recordar durante mucho tiempo y que yo sola había borrado de mi memoria. Como aquella serie de instituto que borraba a latinos... yo también me había borrado de mi propia vida. Este libro me ha servido para aceptar mi pasado y darle a mi historia la im-

portancia que se merece. Con cada línea que he escrito he tenido que vencer muchas inseguridades y miedos, pero si este libro está publicado es porque en cada línea he vencido. ¡Bien por mí!

Estoy contenta de haberlo hecho porque he encontrado más cosas de las que buscaba. Han sido tres años muy jodidos, pero he seguido escribiendo por la misma razón que me llevó a empezar. Cada vez que un recuerdo deprimente me azotaba, cada vez que revivía con nitidez un momento aterrador, cada vez que sentía rabia y vergüenza, cada vez que me ponía triste, pensaba en esa primera búsqueda y seguía. Puedo decir que escribir mi historia me ha hecho valiente.

En este libro encontrarás recuerdos de mi infancia que creía (o quería) haber olvidado y los momentos más importantes de mi vida. Está Perú y está Barcelona. Puede parecer que no hay conexión entre las historias que comparto, pero precisamente así es mi vida: un montón de acontecimientos confusos, entre dos países muy distintos, y que conforman lo que soy.

He pasado por todo este infierno para que cuando una niña latinoamericana encuentre este libro en la biblioteca, sienta alivio al ver que alguien con una historia parecida a la suya existe también para el resto del mundo, y así, quizás, encuentre compañía. Y si esto ocurre una sola vez, haber pasado por estos tres tormentosos años habrá valido la pena. He escrito este libro para todas esas chicas que son marrones como yo.

I

Winnie the Pooh



De niña nunca fui fan de Winnie the Pooh. Vi unos cuantos episodios, pero nunca me llamó la atención. Me parecía aburridísimo. Nunca hablé con nadie sobre él. Nunca pedí que me regalasen nada con su cara. Ni siquiera le conté a nadie que me parecía aburridísimo. Nada. Borré su existencia de mi mente tan pronto vi aquellos pocos capítulos. A pesar de mi indiferencia, me regalaron un peluche suyo. Un peluche gigante de Winnie the Pooh.

Fue justo antes de que mi madre, una de mis hermanas mayores y yo nos fuésemos de Lima para vivir en España. Mi otra hermana llevaba en Barcelona ya un año. Yo iba a quinto de primaria en un colegio público de chicas llamado Juana Alarco de Dammert. Estaba situado en una zona de clase media alta, pero ninguna de las niñas que íbamos allí vivíamos en esa zona, veníamos de barrios pobres que estaban bastante lejos. Todas las mañanas nos subíamos a un bus que nos dejaba en el colegio y que luego, a mediodía, nos recogía y devolvía a nuestros barrios. Mi barrio estaba en un cerro y había pobreza por todas partes, aunque era peor en los barrios de mis compañeras de clase.

Mi madre no se fiaba de los colegios de la zona en la que vivíamos. Nos quería lo más lejos posible de todo aquello, de la

pobreza, de la desgracia y del peligro, y por eso se empeñó en que todas sus hijas estudiásemos en la zona alta. Supongo que también lo hizo porque la educación allí era mejor, pero sospecho que la ubicación era más importante que la educación. Ese debía ser el pensamiento que pasaba por la cabeza de todas las madres de todas las niñas que íbamos a ese colegio. Madres que tenían pocos recursos y que se esforzaban y trabajaban más para poder pagar los gastos extras en movilidad.

Es por eso por lo que cuando mi madre y yo fuimos al colegio a despedirnos y mis compañeras de clase me esperaban con un peluche gigante de Winnie the Pooh que habían pagado entre todas con el dinero de sus madres, aquellas madres a las que no les sobraba el dinero, tuve que sonreír y abrazar a todo el mundo, fingiendo agradecimiento y felicidad.

El regalo fue una sorpresa, pero no una sorpresa feliz. Fue una sorpresa porque yo no me llevaba demasiado bien con mis compañeras de clase. No entendía a qué venía un regalo así, para empezar. Era una empollona, me elegían delegada constantemente y abusaba de mi poder. Por ejemplo, una vez, unas madres hicieron sopa de pescado (chilcano) para todas en el patio y no dejé que unas compañeras fueran a probarla hasta que acabaran unos ejercicios que tenían pendientes. No volví a hacer nada parecido porque noté que después de eso perdí la simpatía de varias compañeras. Sin embargo, el día que se supo que me iba a España mi popularidad volvió a renacer. De golpe, todo el mundo estaba triste y emocionado por que me fuese, me llenaron de dedicatorias de amor y me desearon buena suerte. Todas nos llevábamos estupendamente. Quizá porque, en el fondo, sabíamos que no nos volveríamos a ver y estábamos abrumadas por los sentimientos encontrados que teníamos. Quién sabe, quizás algunas estuvieran tristes de verdad, quizá me habían perdonado lo de la sopa. Pero yo, aunque estaba agradecida por el detalle del regalo, cuando cogí el peluche en

mis manos supe con seguridad que más que un regalo acabaría siendo un castigo.

El oso de Winnie the Pooh era gigante. No era grande, era enorme. Ocupaba medio cuerpo mío con once años. Me costaba cogerlo con las manos porque no llegaba a rodearlo y pesaba mucho para cogerlo con una sola mano. Era imposible. Además, era bastante feo y la calidad del material con el que estaba hecho era pésima. No daban ganas de abrazarlo, no era blando, sus brazos eran rígidos y no se podían aplastar. La textura no era nada suave y parecía que estaba tenso. No transmitía ningún tipo de confort, si es eso lo que se busca en un oso de peluche. Cuando lo recibí tuve que aguantar el peso como pude mientras sonreía agradecida, sobre todo por las madres. Miraba fijamente a mis compañeras, intentando averiguar de quién había sido la idea. Quién habría sido la mente brillante de esta despedida o venganza. Como dije antes, nunca había comentado nada sobre Winnie. Nada. Nunca había mostrado interés. Cómo podía algo tan aburrido pesar tanto.

Y, lamentablemente, llevar aquel oso gigante a España suponía dejar atrás cualquier otro juguete. Tenía una osita de peluche que me encantaba y por la que, una vez, casi me tiré del patio de mi casa al tejado de la casa de abajo, porque se me había caído y quería rescatarla. Mi madre me dijo que no la íbamos a llevar a España porque estaba muy vieja, y se la regaló a una de mis primas pequeñas. En las maletas de 23 kilos que nos permitía llevar la aerolínea con la que íbamos a viajar solo cabían las patatas y ramos de albahaca que mi madre tenía que llevar sí o sí, porque seguramente las de España no serían como las de Perú. Había sitio para esas patatas peruanas, que ocupaban media maleta y que comeríamos en cinco minutos, pero no para mi osita de peluche favorita de la infancia. También había sitio para el Winnie the Pooh. Su sitio iba a ser mis brazos.

Pero no me quejé en ningún momento. Me entregué a la tarea de llevar el peluche sin poner ningún obstáculo. Había una razón, pero estaba muy asumida y ni siquiera me paré a pensar en ella. Esas madres se habían gastado dinero en el peluche, dinero que seguramente les habría venido mejor invertir en otra cosa, no sé, en comer, aunque fueran cincuenta céntimos por persona. Era suficiente para que yo cargase con la responsabilidad moral de llevar el peluche encima. Supongo que esa sería la misma razón por la que mi madre dio por hecho que nos lo llevaríamos. Nunca lo hablamos, pero ambas dábamos por sentado que ese peluche iba a meterse en un avión, atravesar el océano Atlántico y vivir con nosotras hasta que muriésemos. Vivir con la culpabilidad de haberlo dejado en Lima y saber que fuimos así de malagradecidas (término que le encanta usar a mi madre para llamar a todo el mundo que no es extremadamente agradecido) no era una opción. No había cariño ni agradecimiento en este acto, solo había miedo al remordimiento y la culpabilidad. Y cualquier cosa antes de ser una malagradecida.

Dentro del avión, algunos adultos se enternecían al verme con el oso. Otros lo miraban preguntándose en qué diablos estaría pensando al llevar eso en el avión. Una señora de cincuenta años con un sombrero vaquero miró el oso y luego me sonrió. Si a esa señora le parecía buena idea llevar un sombrero vaquero dentro de un avión, no podía ser buena señal que aprobase mi oso gigante. Los niños se quedaban mirándolo fijamente, deseando tocarlo, quizá pensaban que el peluche era suave. Después de diez horas de vuelo, el oso y yo nos habíamos mimetizado en un único ser. Estuvo encima de mí durante todo el vuelo. Vimos juntos las nubes por la ventana, un par de películas, escuchamos juntos Green Day y también vimos a ese niño de la primera fila vomitar de camino a los servicios. Por supuesto, el peluche aterrizó conmigo en España.

La escala en Madrid fue un infierno. Hacía muchísimo calor. Mi madre y mi hermana estaban tensas porque no se aclaraban con la puerta de embarque, iban de un lado a otro. Yo estaba concentrada en encontrar la mejor manera de cargar al maldito Winnie, persiguiéndolas como podía. Solo quería llegar ya a Barcelona con el dichoso oso y sentirme una mártir el resto de mi vida. Estaba agotada. No había podido dormir nada por culpa del puto oso. Ni siquiera lo había podido usar de cojín. Era demasiado rígido, demasiado grande. Y ahora, encima, el calor. Mis brazos se iban durmiendo y despertando. Había momentos en los que me planteaba dejar el peluche en algún asiento del aeropuerto, a su suerte. Pero la culpabilidad me golpeaba una y otra vez. No podía ser una malagradecida. Las caras de las madres de mis compañeras me perseguían por el aeropuerto. No podía dejar a Winnie a su suerte.

De repente, entre el agobio, el estrés, el cansancio, el calor, los brazos adormecidos, la culpabilidad, el sudor y el sueño empecé a verme a mí misma como alguien que había cumplido con su palabra. Por un momento tuve una buena opinión sobre mí misma. Me veía desde fuera cargando el peluche como una desquiciada y pensaba que mis compañeras y sus madres estarían impresionadas. Seguramente ninguna de ellas habría hecho lo que estaba haciendo yo. Todo este sufrimiento se acabaría y solo quedaría esta sensación de satisfacción por haberlo conseguido, por haber traído el dichoso Winnie the Pooh hasta España.

Pero entonces tuvimos que pasar por una última revisión antes de embarcar en el vuelo a Barcelona. Había una cola bastante larga. El objetivo era inspeccionar las maletas de mano por si alguien había intentado colar algo. A medida que avanzaba la cola, íbamos viendo cómo los de seguridad tiraban la comida que encontraban en las maletas a un contenedor, sin remordimientos. Mi madre estaba preocupada por las patatas

que consiguió colar en nuestras maletas de mano. Mi hermana mayor se reía de ella porque sabía que las tirarían y le encantaba tener razón: le había dicho que no trajese las patatas. Yo aún guardaba cierto rencor por las patatas que mi madre había preferido guardar en mi maleta, quitándole sitio a mi peluche favorito. Sin embargo, había algo en esa situación de estar esperando a que unos revisores mirasen tus objetos personales que hacía que estuviera tensa. Me daban igual las patatas, pero me parecía muy triste que las tirasen. Era como si eliminaran parte de nuestro pasado, del de todos los que estábamos en la cola. Sus maneras hacían que hasta una niña de once años se diese cuenta de que todo aquello era muy violento. Quizá no solo eran patatas, era nuestra forma de aferrarnos al sitio del que veníamos y para ellos una forma de decirnos que ya estábamos en otro sitio. O quizá solo era una medida de sanidad y cosas de aeropuertos. Qué diferente se sienten las cosas cuando no viajas por ocio y lo haces para sobrevivir.

Finalmente, llegó nuestro turno. Como yo era la pequeña, mi madre me dijo que pasara la primera. Dejé el oso y la maleta en la cinta. Pasé por el detector de metales. Todo en orden. Iba a recoger mis cosas cuando vi que los revisores miraban el Winnie the Pooh y comentaban algo que no pude oír. Cogí mi maleta. Ellos cogieron mi peluche. Mi hermana estaba pasando por el detector cuando me di cuenta de que uno de los revisores había sacado un objeto punzante. Vamos a llamarlo así, objeto punzante. No era un cuchillo, tampoco una navaja. Era muy sofisticado, pero estaba claro que tenía la misma función que un cuchillo o una navaja. Cogió el Winnie the Pooh con mucha destreza. Seguramente lo habría llevado mucho mejor que yo en todo el viaje, además, parecía tener bastante maña con los peluches, pero estaba claro que no les tenía ningún cariño porque comenzó a clavarle el objeto punzante en el cuello. En la barriga. En las piernas. En los brazos. Dentro de las orejas.

En los ojos. Otra vez en el cuello. Hurgó de nuevo por el ojo. De nuevo por las orejas. Había algodón por todas partes. Era una masacre. Revisó por dentro del ojo y de la barriga de nuevo. Una última vez. Cuando acabó de destripar mi peluche, me lo devolvió. No había ni una pizca de vergüenza o arrepentimiento en su cara. No hizo nada por hacerme saber que sentía mucho haber asesinado a mi peluche delante de mí, de que le sabía mal, aunque fuese su trabajo. Tenía la mirada limpia, como si no hubiera hecho nada malo. Le devolvió un peluche hecho trizas a una niña pequeña que iba con coletas y tenía los mofletes a punto de reventar, y no mostró ninguna lástima. ¿Cuántos peluches había destrozado ya para tener tal serenidad después de hacer aquello?

Me quedé mirando el peluche, intentando recordar por qué le había cogido tanta manía. Ah, sí, era gigante y pesaba mucho. Ahora ya no pesaba tanto y se veía más pequeño, más frágil. Ah, sí, las madres de mis compañeras de clase. El dinero de las madres de mis compañeras de clase. La violencia me hizo ser consciente, de golpe, de que aquellas madres habían gastado su dinero en un regalo para mí, un regalo que yo había despreciado, y en lo injusta que había sido. Tan injusta como la situación, como el estado actual del peluche. El ojo del oso estaba colgando, a punto de caerse. Todo ese dinero, perdido, además, de una forma devastadora. Su brazo izquierdo también estaba a punto de romperse. Le salía espuma de algodón por todas partes. Ya no parecía aburrido. Sinceramente, ni siquiera parecía un oso.

Ese momento de satisfacción por haber conseguido traer el peluche se había desvanecido. Ahora solo estábamos el oso y yo, con el mismo desconcierto en la mirada. Una bienvenida muy simbólica a España, porque lo que le habían hecho al oso no era muy distinto de lo que les estaban haciendo a las otras personas de la cola. Me acuerdo bien de lo humillada que me

sentí y de la vergüenza que pasé delante del resto de la gente que estaba ahí. No defendí al oso, no dije nada, me quedé paralizada, ¿cómo puede defender una niña a su oso de peluche de unos revisores? Tampoco nadie me defendió a mí. Acuchillaron el peluche de una niña y nadie dijo nada. Todos estaban preocupados por poder colar el queso, las patatas o las verduras que traían en sus maletas. Un oso de peluche no es más importante que unas buenas remolachas. Quizá, si el revisor hubiera acuchillado unas remolachas peruanas todos se habrían escandalizado y aquello se habría convertido en una masacre, pero no. Solo era una niña y su peluche horroroso. Estaba en medio de la escena del crimen, intentando decidir si aún se podía considerar que era una mártir cuando se me acercó mi madre, a quien solo le importaba su comida.

—Esos feos me han hecho tirar la comida. Al menos a ti no te han dicho nada por las patatas —me dijo.

Joder, era verdad. Las dichas patatas consiguieron pasar la revisión sanas y salvas. Mi hermana cogió el oso, lo observó y se empezó a reír a carcajadas.

—¿Te das cuenta de que estaban buscando droga, no? Pensaban que llevabas droga en tu Winnie the Pooh —dijo entre risas.

Claro, era eso, buscaban droga. Mi madre se empezó a reír también. A mí no me hacía gracia, pero tampoco tenía ganas de llorar. Estaba en *shock*. Acababa de arrastrar ese peluche durante más de quince horas por dos continentes distintos, y lo habían acuchillado delante de mí en cuestión de segundos. Esa era la primera experiencia que vivía en España. Yo también me puse a reír con ellas, no porque me pareciera gracioso sino por encajar y no parecer estúpida. Y porque, joder, estaba muy cansada.